

# *Unidad 8.*

## *El libro y las bibliotecas en el México Independiente.*

Serrano Cruz, Aurora. Establecimiento de la primera imprenta en México. Siglo XIX. Pp. 69-72. En: Tesoros bibliográficos mexicanos: México: primera imprenta de América. México: UNAM, 1995.

**P**ara finales del siglo XVIII la actividad tipográfica novohispana había alcanzado un nivel de calidad comparable al europeo; sin embargo, al trasponer el siglo comienzan a sentirse los síntomas del deterioro que se advierte a lo largo de las primeras décadas del siglo decimonónico.

Durante los diez años iniciales del siglo XIX sólo son cuatro las imprentas que merecen atención: la de Zúñiga y Ontiveros, la de Antonio de Valdés, la de Juan Bautista Arizpe y la de María Fernández de Jáuregui, ocupadas casi exclusivamente en impresión de opúsculos y publicaciones periódicas de variado contenido. Entre los pocos libros que se editan sobresale el de Juan Brown y Mariano Mociño, *Elementos de medicina*, editado por la imprenta de Zúñiga y Ontiveros.

De 1810 a 1821 irrumpe el movimiento insurgente que culmina con la consumación de la Independencia. Debido a la incierta situación económica y política, disminuyen las importaciones de papel y se interrumpen las adquisiciones de equipo y materiales de imprenta, lo cual ocasiona un descenso en el quehacer tipográfico. En este periodo, el trabajo de las prensas estuvo casi exclusivamente al servicio de la propaganda ideológica de los bandos en pugna.

A pesar de que en 1812 se jura en México la Constitución de Cádiz que sustentaba la libertad de imprenta, las autoridades virreinales continuaron ejerciendo una velada represión; en los once años que duró la guerra libertaria, la producción de libros fue escasa y los pocos que aparecen reflejan pobreza tipográfica, aunque no bibliográfica; entre ellos se encuentran *El periquillo sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, editado en 1816 por Alejandro Valdés, y la *Biblioteca hispanoamericana*, de José Mariano Beristáin y Souza, salida de las prensas de María Fernández de Jáuregui en 1821.

Al inicio de la vida nacional y bajo el gobierno del emperador Agustín de Iturbide, la Oficina del Gobierno Imperial publica en Puebla el *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, de Carlos María de Bustamente; al año siguiente este autor edita en la imprenta de Alejandro Valdés la *Crónica mexicana o Teoamoxtli*. Estas y otras obras del célebre historiador y periodista estuvieron encauzadas a forjar la naciente conciencia nacional.

A raíz de la penetración de capital extranjero en nuestra naciente república, se fomentó el establecimiento de industrias de transformación; así, en 1824, se fundó al sur de la ciudad, en San Sebastián Chimalistac, la primera fábrica de papel. Y pronto Puebla y Guanajuato contaron también con esta industria.

---

En 1826, Claudio Linati trajo la maquinaria y los materiales necesarios para la producción litográfica y enseñó la técnica de este arte a varios discípulos mexicanos. A partir de entonces la litografía se usó frecuentemente para ilustrar libros.

En 1827, Cornelio Sebring montó en México la primera imprenta provista con todos los adelantos técnicos hasta entonces alcanzados; introdujo nuevos métodos en la composición, la tirada, la distribución de la caja y en la entretela.

Pese a la producción de papel, a la importación de implementos y maquinaria para la imprenta, y a la proliferación de casas editoriales, las numerosas publicaciones de la primera mitad del siglo XIX no alcanzaron la calidad tipográfica que hubiera sido deseable.

El curso de la primera mitad del siglo XIX marca el duro y lento proceso de aprendizaje, y destaca el esfuerzo de los "impresores-editores" que permite la consolidación de la tipografía mexicana al iniciarse la segunda mitad de este siglo, con las más acabadas obras de los tres grandes maestros de su tiempo: Ignacio Cumplido, José Mariano Lara y Vicente García Torres.

Entre el gran número de impresores de la primera mitad del siglo XIX, destacan: Herculano del Villar, Recio, Betancurt, José Ximeno, José Mariano Villaseñor Fernández, Rafael Rafael, Manuel de la Vega, José Mariano Arévalo, Ramírez Hermosa, Ávila, Massé, por citar algunos.

Observamos, pues, que los primeros años de la tipografía nacional constituyeron el tiempo de recuperación de la tradición perdida, que por los años treinta empieza a perfilar el dominio de la técnica y que en los cuarenta inicia el periodo de maduración, con marcada influencia por el gusto inglés, sin desdeñarse por ello los modelos de importación venecianos, franceses y holandeses.

Obras representativas de esta mitad del siglo XIX son la primera edición mexicana del *Quijote*, en 1833, salida de la imprenta de Arévalo, que representó un sacrificio editorial costoso para su época; el *Catecismo de geografía universal*, de Juan Nepomuceno Almonte, editado por Ignacio Cumplido en 1837; el *Diario de los niños*, editado en 1840 por Miguel González; nuevamente el *Quijote*, editado ahora por Cumplido en 1842, ilustrado con excelentes litografías; la *Historia de Napoleón*, por Norvins, editada por Massé en 1843; la *Historia de la Conquista de México*, de Prescott, traducida por Joaquín Navarro, editada en 1843 por Cumplido; *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint Pierre, impreso por José Mariano Lara en 1843, obra que supera a la francesa de Curmer; las *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, de Lucas Alamán, editada por Lara en 1844; *El gallo pitagórico*, de Juan Bautista Morales, impreso en 1845

por Cumplido, quien editó también el *Proyecto de la Penitenciaría*, de Lorenzo Hidalgo, ilustrado con litografías de Decaén. Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX se aprecia la consolidación de la tipografía mexicana, marcada por el dominio total de la técnica y el arte de imprimir. Se ha considerado que el auge tipográfico llega hasta 1870, año en que comienza nuevamente a decaer. En 1852 aparece el *Presente amistoso de las señoritas mexicanas*, considerada como una de las más lujosas obras de Cumplido; de los años 1854-1855 es el libro *Los mexicanos pintados por sí mismos*, escrito por una sociedad de literatos, impreso por M. Murguía; este libro cobra valor por las litografías de Campillo e Iriarte; en 1855-1856 el establecimiento litográfico de Decaén da a la estampa *México y sus alrededores*; en 1858 se edita el *Atlas geográfico, estadístico e histórico*, de Antonio García Cubas, impreso por José Mariano Lara; *Los conventos suprimidos en México*, de Manuel González Aparicio, editado por J. M. Aguilar y Compañía en 1862, presenta un frontispicio grabado a cuatro tintas, y en 1870 sale *El libro rojo*, de Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, de la imprenta de León y White.

A partir de esta fecha son pocas las impresiones estimables que aparecen; entre las contadas imprentas que ofrecen trabajos dignos pueden citarse, la imprenta y litografía de J. Rivera Hijo y Compañía, la imprenta de Jens y Zapiáin; la de la Secretaría de Fomento; la imprenta de León y White; la de Ireneo Paz; la de Filomeno Mata; la Imprenta Litográfica Latina; la imprenta de *El Ahuizote*, La Europea; la imprenta del Museo Nacional; la de Victoriano Agüeros; la de Constantino Escalante y la de La Reforma.

Entre sus principales ediciones se registran *México pintoresco, artístico y monumental*, de Manuel Rivera Cambas, editado por la imprenta La Reforma; la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de García Icazbalceta, por Díaz de León; el *México a través de los siglos*, de Vicente Riva Palacio, editado por Ballezá y Compañía; los *Diálogos latinos*, de Cervantes de Salazar, de la imprenta de Díaz de León y White; la *Memoria histórica del Nacional Monte de Piedad*, de la imprenta de Escalante; *Doña Marina*, de Ireneo Paz, de la imprenta del autor, y el *Diccionario geográfico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, salido de la imprenta de la Secretaría de Fomento.

Cabe subrayar también que en esta centuria la imprenta se extendió a varias localidades de la República: Mérida, Monterrey, Armadillo, Campeche, Valladolid, Yucatán y Tulancingo.

Esta centuria está considerada como el siglo de oro de la encuadernación mexicana; se confeccionaron pastas de muy variados estilos: a la española, adornadas otras con siluetas logradas mediante patrones a la manera román-

---

tica (con pieles de colores ornamentadas, con hierros dorados de diferentes motivos) y el estilo catedral; mas no solamente se preocupaban por la presentación exterior, también cuidaron la interior, utilizando guardas de seda y de otros materiales estampados o lisos. El arte de encuadernar proliferó a lo largo de toda la República, con la apertura de múltiples talleres.

Podemos afirmar que los altibajos sufridos por el arte de imprimir a lo largo de esta centuria estuvieron íntimamente relacionados con las crisis de orden político, económico y social que afectaron al país.